

PROGRAMA SENIOR

Memoria de la Inspección

APORTACIÓN DE EDUARDO SOLER

MEMORIA DE LA INSPECCIÓN EDUCATIVA

APORTACIÓN DE EDUARDO SOLER FIÉRREZ

Para ilustrar la Memoria de Inspección. Noviembre de 2014.

Como mi vida profesional ha sido muy larga y se ha desarrollado en lugares muy distintos tengo muchas anécdotas de mis visitas a los centros escolares. Las hay referidas a situaciones complicadas que requieren mucha profesionalidad para salir airoso, otras humorísticas, otras de tipo pedagógico o didáctico, otras en las que me ha venido muy bien ser autoridad pública para superar la situación. Por el espacio de que dispongo voy a contar sólo una de las más graciosas, que me ocurrió en una de mis primeras visitas a una escuela unitaria de niñas en la comarca de Ausona.

Mi primera zona de inspección la tuve al norte de la provincia de Barcelona, en un pueblo limítrofe entre Barcelona y Gerona. En el año 1970 este pueblecito que tenía dos escuelas unitarias pertenecía a Gerona, pero las escuelas quedaban a un lado y a otro del río Ter, de tal forma que la de niñas había estado siempre bajo la inspección de Barcelona y la de niños bajo la de Gerona y esta tradición seguía pese a que las dos barriadas formaban ya un solo municipio por fusión de sus Ayuntamientos. A mí me correspondía supervisar la unitaria de niñas. La compañera que me entregó la zona me habló de los maestros antes de yo conocerlos y me dijo que teníamos la mala suerte de que en la escuela de niñas había una maestra muy descuidada en su trabajo a la que siempre que iba le tenía que llamar la atención. Por su parte, los inspectores de Gerona tenían la buena fortuna de que el maestro era uno de los más trabajadores y eficaces que había conocido. Las comparaciones serán odiosas, pero el Ayuntamiento no dejaba de hacerlas, y el alcalde aprovechaba siempre el paso del inspector por el pueblo para decirle que la Inspección les mandara una maestra con las mismas ganas de trabajar que tenía el maestro.

Cuando iba por la zona me hospedaba en el Hostal Cuatro Carreteras (situado, como su nombre indica, en una encrucijada de caminos) y aprovechaba para pasar por el mayor número de escuelas posibles ya que la mayoría eran unitarias o mixtas; sólo tenía cinco colegios nacionales completos en toda la comarca y dos o tres centros

privados.

Procuraba estar en las escuelas a la hora de abrir, a veces tenía que dejar pasar unos minutos para que los alumnos estuvieran ya en el aula. Iba siempre con una cartera de mano en la que llevaba toda la documentación necesaria para la visita.

Ese día llegué a la hora de abrir y estaban los niños desarrollando una tabla de gimnasia, y la escuela de niñas cerrada. Yo me quedé con mi cartera de mano un poco alejado, esperando a que las niñas llegaran. Con un retraso de quince minutos empezaron a llegar y la maestra sesentona, avejentada, toda vestida de negro, con una toquilla y un vestido largo, abrió el aula para que entraran. Pasados unos minutos me acerqué, al verme el maestro dejó de dirigir la tabla de gimnasia y vino hacia mí: creía que era un representante de alguna editorial al verme con la cartera. Yo me presenté y le expliqué que iba a visitar la escuela de niñas. Me acompañó y me dejó con la maestra después de intentar quedarse él también en la clase durante la visita.

Como estaban las niñas acomodándose la maestra aprovechó para decirme que no se había enterado del cambio de inspector, que era demasiado joven para tener esa responsabilidad, etc. Yo le elogí el paisaje, lo idílico que resultaba, y otros asuntos útiles para romper el hielo. Todo para dar tiempo a que las niñas se sentaran y se dispusieran a trabajar. Viendo que a ese paso aquello no iba a llegar nunca, le dije que hiciese como si yo no estuviera, y actuara como lo hacía todos los días. Ella se empeñaba en seguir la charla, pero yo repuse que no había prisa, que me pensaba quedar allí toda la mañana y después de clase podríamos hablar tranquilamente.

Mal que bien conseguimos ordenar un poco la clase. Las niñas preguntaban todo (carecían de hábitos), la organización era desastrosa, no sabían ni lo que tenían que hacer, no había horarios, etc. Me senté a su lado mientras escribían las mayores una redacción que les propuse, una especie de test proyectivo muy adecuado para hacerse una primera idea del trabajo de la maestra: “Escribid sobre cómo es vuestra escuela y lo que más y lo que menos os gusta de lo que hacéis”.

Yo estaba de muy mal humor porque intuía lo que me esperaba con aquella maestra y la mala suerte que había tenido en una de mis primeras visitas. Le tuve que conceder que me dijera todo lo que quería contarme. Y el diálogo fue más o menos tal como sigue:

Maestra: le quería ver, porque tengo un asunto que le quiero comentar. [*Cogiéndome la mano*]. Estoy enamorada. Mire, a mis años me quiero casar, es un señor

PROGRAMA SENIOR

Memoria de la Inspección

APORTACIÓN DE EDUARDO SOLER

de Vic, soltero, y mis sobrinos se oponen al matrimonio. No sabe qué problema tengo con esto.

Inspector [*perplejo e intuyendo una buena salida a la situación aconsejándole que pidiera la excedencia*]: Tiene una edad más que suficiente para decidir por usted misma con entera libertad. Actúe sin tener en cuenta lo que piensan sus sobrinos.

Maestra: Pero lo que le quiero preguntar es otra cosa; pese a los inconvenientes que me ponen mis sobrinos me voy a casar y, claro, yo no puedo venir y volver todos los días a Vic. Tengo una maestra en Vic que conozco desde que era pequeña y se puede hacer cargo de la escuela, ha estudiado en Vic en la Escuela de Magisterio de la Iglesia y le gusta mucho la enseñanza. Yo le pago su sueldo y las niñas estarán muy bien atendidas.

Inspector: No piense en eso que no se lo voy a permitir de ninguna manera. Fíjese bien en lo que le digo, como me entere de que aquí viene una maestra por su cuenta le abro expediente disciplinario. Usted tendrá que dejar su carrera para siempre y a la maestra que venga la denunciaré por impostora. Que esto le quede muy claro. Si vd. se casa, pida la excedencia y reingrese un poco antes de jubilarse (entonces la jubilación era a los 70 años), pero si abandona su destino el problema que va a tener es muy serio.

Al oír esto se refirió a los “maestros y maestras de paja” que había habido en otros pueblos con el consentimiento de los inspectores y le volví a repetir cuál era mi postura para prevenirla. (En la inspección es más aconsejable prevenir que curar).

Como vamos a la anécdota no hay que decir que el resto de la sesión me dedicué a orientarle la clase y proponerle un modo de actuación que llevaba preparado para estos casos referido sobre todo a los horarios y modo de trabajo en la escuela unitaria.

A la salida el maestro me esperaba con muchas ganas de enterarse de todo lo que había pasado pero me despedí rápido y continué mi gira.

Al llegar a Barcelona hice un informe para la maestra en el Libro de visitas de inspección que era obligatorio en todas las escuelas y le contesté por escrito a todo lo que me había preguntado.

Entonces las escuelas sólo se visitaban una vez en el curso. Se hacía excepción a esta regla cuando había alguna denuncia o alguna situación grave para la que la Inspección era requerida. (Hay que advertir que en aquellos años el sector educativo de

Barcelona era muy conflictivo y se estaba aplicando la LGE)

En el curso siguiente pensé en muchas ocasiones qué habría pasado con aquella maestra, pero tenía que esperar hasta que entrara en mis planes la visita. No obstante pasé por la Delegación y vi que no había pedido la excedencia, pasé por nóminas y comprobé que cobraba su sueldo y recibí en su momento la relación de alumnas de la escuela firmada por ella y las necesidades de material escolar. No tenía otro modo de enterarme de la situación porque no había teléfono en la escuela, tampoco desde la Inspección era fácil llamar pues había que pedir conferencia previamente autorizada por el Inspector secretario, etc. La comunicación con los centros ha experimentado un cambio tal que a los inspectores actuales les puede parecer increíble.

Volví a la escuela el curso siguiente más temeroso yo que lo pudiera estar la maestra. ¿Qué me encontraría? Al llegar se repitió la misma escena que la primera vez: el maestro que me ve por un ventanal y sale a recibirme, etc.

Pasé al aula de clase y estaba la maestra sentada, seguía vestida de negro, pero muy triste. Me vio y me saludó sin levantarse de su sillón. Yo no sabía por dónde empezar. Pero fue ella la que se me adelantó.

Maestra: ¿Le dije que me iba a casar?

Inspector: Sí, sí, pero tenía vd. algún problema con sus sobrinos.

Maestra: Pero aquello se superó y me casé.

Inspector: Pues enhorabuena. Ya veo que sigue vd. en su puesto de trabajo y me alegro.

Maestra: ¿Le dije que marido era muy rico?

Inspector [*desconcertado*]: No, o no lo recuerdo.

Maestra: Sabía que tenía, pero no que tuviera tanto. ¿Le dije que tenía un defecto físico?

Inspector [*tratando de no entrar en detalles*]: No, no.

Maestra: Estaba un poco contrahecho por un problema que tuvo de joven en la columna.

Inspector [*cada vez más sorprendido*]: Bueno, bueno.

Maestra: ¿sabe que ha muerto?

Inspector [*ya completamente descolocado*]: ¡Qué me dice! ¡Cuánto lo siento! ¿Era muy mayor? ¿De qué murió?

Maestra: Murió en el viaje de novios, de una corrida. [*El inspector estaba*

PROGRAMA SENIOR

Memoria de la Inspección

APORTACIÓN DE EDUARDO SOLER

perplejo, e inquieto por si la conversación tomaba un cariz no apto para los oídos de las alumnas] Fuimos de viaje a Barcelona que mi marido pese a ser de Vic no conocía, nos cogió una manifestación en la Plaza de Cataluña y nos fuimos hacia el hotel que estaba en Las Ramblas. Corrimos lo que pudimos para huir de la policía pues le teníamos mucho miedo a los grises. A medio camino él empezó a sentir ahogos. Al llegar a la puerta del hotel se desplomó y allí se quedó. Estaba esperando que viniera vd. para decirle que el curso próximo voy a pedir la excedencia pues ya no necesito seguir trabajando.

Maestra: ¿Le dije que mis sobrinos se oponían a mi matrimonio?

Inspector [*temiendo un nuevo revés al asunto*]: Sí, eso sí me lo comentó.

Maestra: pues ahora le están guardando luto. Sólo en telefónicas me ha dejado un capital, en Aguas de Barcelona, etc, y una casa de las mejores que hay en Vic.

Inspector [*viendo por fin el camino despejado*]: Pues me parece muy acertada su decisión, ya tiene edad de descansar y aprovechar los años que le queden.

Maestra [*sin renunciar a tener la última palabra*]: Vea como le hago caso, si no me dice que podía pedir la excedencia ni se me hubiera ocurrido.

Así, por pura chiripa, acabó resolviéndose sola una situación que en aquellos años de juventud amenazaba con volverse explosiva. Ignoro por cuántos años disfruté aquella maestra tan resabiada de su acaudalada viudedad, y espero que fueran muchos. ¡Después de tantos años puedo confesar, aunque esté feo decirlo, que siempre agradecía al pobre señor de Vic que contribuyese a sacarme del apuro y facilitar mi trabajo de una forma tan contundente!